Benedicto XVI: María, Reina

Intervención con motivo del Ángelus

CIUDAD DEL VATICANO, domingo, 22 de agosto de 2010 (ZENIT.org) - Publicamos

la intervención que pronunció Benedicto XVI este domingo al rezar a

mediodía la oración mariana del Ángelus junto a los peregrinos congregados

en el patio del Palacio Apostólic

 Queridos hermanos y hermanas:

 Ocho días después de la solemnidad de la Asunción al Cielo, la liturgia

nos invita a venerar a la bienaventurada Virgen María con el título de

"Reina". Contemplamos a la Madre de Cristo coronada por su Hijo, es decir,

asociada a su realeza universal, tal y como la representan muchos mosaicos

y pinturas. Esta memoria también cae este año en domingo, alcanzando una

luz mayor gracias a la Palabra de Dios y la celebración de la Pascua

semanal. En particular, el icono de la Virgen María Reina encuentra una

confirmación significativa en el Evangelio del día, donde Jesús afirma:

"Hay algunos que son los últimos y serán los primeros, y hay otros que son

los primeros y serán los últimos" (Lucas 13, 30). Se trata de una típica

expresión de Cristo, referida varias veces por los Evangelios, con fórmulas

parecidas, pues evidentemente refleja un tema muy sentido por su

predicación profética. La Virgen es el ejemplo perfecto de esta verdad

evangélica, es decir, que Dios humilla a los soberbios y poderosos de este

mundo y eleva a los humildes (Cf. Lucas 1, 52).

 ¡La pequeña y sencilla muchacha de Nazaret se ha convertido en la Reina

del mundo! Esta es una de las maravillas reveladas por el corazón de Dios.

Naturalmente la realeza de María depende totalmente de la de Cristo: Él es

el Señor, a quien, después de la humillación de la muerte en la cruz, el

Padre ha exaltado por encima de toda criatura en los cielos, en la tierra y

bajo la tierra (Cf. Filipenses 2, 9-11). Por un designio de la gracia, la

Madre Inmaculada ha quedado plenamente asociada al misterio del Hijo: a su

Encarnación; a su vida terrena, primero escondida en Nazaret y después

manifestada en el ministerio mesiánico; a su Pasión y Muerte; y por último

a la gloria de la Resurrección y Ascensión al Cielo. La Madre compartió con

el Hijo no sólo los aspectos humanos de este ministerio, sino también, por

obra del Espíritu Santo en ella, su intención profunda, su voluntad divina,

de manera que toda su existencia, pobre y humilde, fue elevada,

transformada, glorificada, pasando a través de la "puerta estrecha" que es

el mismo Jesús (Cf. Lucas 13, 24). Sí, María es la primera que atravesó el

"camino" abierto por Cristo para entrar en el Reino de Dios, un camino

accesible para los humildes, para quienes confían en la Palabra de Dios y

se comprometen para llevarla a la práctica.

 En la historia de las ciudades y de los pueblos evangelizados por el

mensaje cristiano, se dan innumerables testimonios de veneración pública,

en algunos casos incluso institucional de la realeza de la Virgen María.

Pero hoy queremos sobre todo renovar, como hijos de la Iglesia, nuestra

devoción a quien Jesús nos dejó como Madre y Reina. Encomendamos a su

intercesión la oración diaria por la paz, especialmente allí donde más

golpea la absurda lógica de la violencia para que todos los hombres se

persuadan de que en este mundo debemos ayudarnos los unos a los otros como

hermanos para construir la civilización del amor Maria, Regina